

mtm 518 20.561

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

9

José Rafael Burbano Vázquez

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:O:—

1954

ref. 518 (ms)

JOSE RAFAEL BURBANO VAZQUEZ

He aquí al Poeta de la honda ternura...

De su verso, exquisitamente triste, se desprende natural y cristalinamente la nostalgia, la distante verdad de lo pasado, el inefable temblor de una lágrima... Palpita todo él en corazón herido, de esa herida que nos deja la vida y que duele en versos o luceros, de esa herida bellamente incurable que nos torna tristes y pensativos, hermanos de todos los dolores de las almas y las cosas, apasionados amantes de lo imposible o de lo inalcanzable...

Cuando recuerdo la figura de José Rafael Burbano Vázquez siempre hallo la definición de la tristeza íntima, honda de hondura verdadera, profunda de estelar profundidad... Detrás de sus pupilas había un mundo ausente, un mundo fugado, un anterior mundo más lleno de trinos y esencias sutiles: miraba lo que se quedó en el cortado camino, lo que pudo haber sido, lo que definía su propio corazón despedazado en el tránsito... Miraba y, sin lágrimas visibles, estaba llorando no sé qué paisajes, no sé qué ausentes presencias, inefables, acaso la angelical niñez de rizos de oro o las primeras palabras que apenas se pronuncian con las manos pequeñas temblando en otras manos... Era un auténtico representante del dolor de vivir, de esa

enfermedad de almas exquisitas y hondos pensamientos, de ese mal bendito porque nos da la belleza en su más admirable y clara forma...

Los papeles queridos del Poeta han venido a mis manos y he visto en ellos el temblor de un alma... Si, un temblor infinitamente humano que hizo temblar las hojas a la luz de mis noches... Creedme: he llorado sobre estas hojas de infinita ternura un llanto que hace ya mucho tiempo no sabía llorar, un sincero llanto infantil, ese que acompaña los iniciales dolores: llanto por el sol que se ausenta del río o por la luna que se esconde dejando apenas una estela de sombras... Llanto por la voz querida que secuestra la Muerte y que luego, por el triste milagro de nuestra misma alma dolida, se transforma en la elocuencia de los silencios nocturnos, esos silencios que tanto dicen y, sin embargo, todavía nos dejan ávidos de las hondas palabras...

Humano, humanísimo Poeta, José Rafael Burbano Vázquez se hace amar porque sufrió como nosotros y mucho más que nosotros, se hace querer porque dijo lo que todo corazón desborda, aunque sólo su corazón ha sabido traducir para la eternidad... Cómo no sentir lágrimas en las pupilas ante su relato de la visita a la vieja casa llena de fantasmas queridos o cuando, en apología única y bellísima, habla del pobre perro cuyos ojos tristes dicen una bellísima lección al hombre?...

Las artes más hondas y sutiles nacieron y vivieron en su alma: Música, Pintura, Poesía... Le habría sobrado con el verso para ser triste, pero halló tres caminos de nostalgia para ser tres veces triste... En Música dijo nuestro Pasillo, ese gemido que la altura

grita desesperada a los luceros... En Pintura copió el paisaje como retrato de su alma: el paisaje no es sino la traducción de la tristeza que hay en nosotros mismos... En Poesía escribió tales cosas que invitan a sentir como él y hasta a decir como él: es el Maestro de la tristeza, el conmovido soñador de la nostalgia...

José Rafael Burbano Vázquez encontró la perfecta definición de la Poesía... Porque, aparte divagaciones y escuelas artificiosas, y, dígame lo que se quiera, la Poesía es esencialmente sentimiento... ¿Queréis comprobar su vida más allá de la vida?... En plena noche, al amor de las guitarras criollas, sus estrofas de purísimo sentimiento se elevan desde los dolores íntimos:

Por qué empapé de lágrimas la vida,
cómo pudo tu amor volverme triste

En la hora alta de estrellas, que es cuando más duele la vida al Poeta o al cantor, bajo el parpadeo que llora para los tristes de todas las latitudes, en esta bendita tierra hallaréis una voz herida que canta:

Soñaba yo, me ahogaban los sollezos,
ay, y lágrimas, y lágrimas vertía

José Rafael Burbano Vázquez no es, pues, página de antología, sino página de alma cuencana, esencia de alma cuencana, voz sincera de todo el sentimiento cuencano...

He aquí al Poeta de la honda ternura.

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

DE ADENTRO!, DE ADENTRO!

En mi vieja heredad

Cuántos han salido
de ti, casa mía, para irse tan lejos!
y de tantos ausentes queridos,
y de tantos menos,
ninguno, ninguno,
a tu sombra ha vuelto,
tras de tantos años
de largo viaje, de un viaje eterno,
sin que tú ni mi alma supieran
lo que ellos se han hecho...

Abandono este tuyo y el mío!,
amargura que entrambos tenemos
por esos ausentes,
por cosas de adentro
que nos van matando,
pero a mí más que a ti, porque llevo
una fuente que mana constante,
una fuente que llena mi pecho
cuando de los idos, ¡tantos que se han ido!,
me asalta el recuerdo...

Casa mía, recuerda esos días
¡ay! mejores que estos,
cuando tú no cabías de gente
y cuando tus dueños

llenaban los cuartos,
y llenaba la mies los graneros
y humeaba el tejado rojizo,
y era música dulce el alero
cuando había nidos de esas golondrinas
locas, bulliciosas, que tampoco han vuelto,
de esas que sólo iban
vestidas de negro
siendo tan alegres...
¡cuán hermosos los tiempos aquellos!

Recuerda esos goces
del vivir casero,
tu intensa alegría
con todos tus dueños
de esos días idos
tan lejos, tan lejos,
que se fueron llevando unas cosas
del fondo del pecho,
y dejando en el fondo otras cosas:
agua turbia, temblores, recuerdos!...

Me estremezco de pena a tu pena!
y tú, bien comprendo,
preguntarme quisieras por tantos
que de ti se fueron;
y no sé qué dijeras si al darte
mis noticias de ellos,
te contara triste
que muchos han muerto, que todos han muerto!...

Feliz tú, casa vieja, que ignoras
lo que es muerte! al menos,
un día tras otro,
te queda el consuelo
de seguir esperando, esperando
a los viajeros,
a los que se han ido

distante, bien lejos;
y por más que no lleguen, no sientes
eso que yo siento:
que algo oculto, que todo me duele
muy adentro, adentro!...

Casa mía, te has vuelto tan triste,
tan vieja te veo,
casa campesina de la triste hacienda
donde ya no vemos
tú ni yo que vienen,
hace tantos años, sus antiguos dueños
que tenían el alma más buena
mientras se iban haciendo más viejos...

Te has vuelto tan triste,
tan negra te has puesto!
no sé por qué sea
que al irse los años llevando a los muertos,
a la pena de tantos ausentes,
¡ay! por todos ellos,
mi cabeza ha-blancueado la nieve
mientras tú te has vestido de negro;
será que lloraste
con mayor ternura por los viajeros,
será porque siendo más tuyos, salieran
de tí más adentro, de adentro, de adentro!...

Qué horas esas horas
del pasado vivir que no han vuelto,
cuando llena de gente y alegre,
eras como un nido bullicioso en medio
de la espesa fronda
de árboles caseros,
en los que colgaba
cortinajes densos
de azulados tules
tu humareda, que se iba extendiendo

tranquila, pausada,
que luego rasgaba rumoroso el viento.

Quién pudiera volver a esos días
de goces intensos,
a esos días de campo sencillos,
cuando con los míos bajo tus aleros
esperaba, al morir de las tardes,
tranquilo el regreso
del ganado, que en negra manada
cubría el potrero,
y pausado al corral iba entrando
mugiendo, mugiendo.

Dónde están, dónde están, casa mía,
dime qué se han hecho
los pastores pobres
que en mejores tiempos
eran la alegría de los altozanos,
los pastores buenos
de los rondadores
de pena repletos,
esos pobrecitos
de los ponchos viejos
que al pasar, inclementes las zarzas
se gozaban en ir deshaciendo...

A dónde se han ido
que no los encuentro,
esos de mi infancia
dulces compañeros,
o están aquí mismo
silenciosos, trémulos
como tú, como yo, casa mía,
como entrambos viejos...

Que no me conoces,
casa mía, creo;
mas, te daré señas para que recuerdes

que soy tuyo, que de aquí se fueron,
uno en pos de otro, sin saber a dónde,
los únicos días de mi vida buenos...

Dime, casa mía, que me has olvidado,
dime si no es cierto
que hace muchos años, no sé cuántos años,
yo en tus llanos corría travieso
con la débil, sonora cometa
bamboleante en las alas del viento?
¿No te acuerdas que yo te rompía
tenaz el alero,
por buscar los nidos de las golondrinas,
de esas que sólo iban vestidas de negro
siendo tan alegres,
no es verdad, te miento?

Recuerdas de aquellas claras madrugadas
de felices tiempos,
cuando el peonaje
fiel, creyente y bueno,
la Doctrina rezaba cantando,
llorando, gimiendo
con una nostalgia
tan honda, cuyo eco
todavía resuena insistente
de entrambos adentro, pero bien adentro?

Ya te acuerdas de mí, casa vieja,
verdad?, del inquieto
pequeñín que espantaba a tus aves,
de ese tan travieso
de todos los días,
que todas las noches temblando de miedo
después de los cuentos, pegado a su madre
se quedaba quieto.

Ya ves, soy el mismo,
por eso a ti vuelvo

tras de muchos años,
tras de mucho tiempo
que, indeciso, casi
no atino el sendero;
te dejé tan niño
y hoy retorno viejo,
¡y a este viejo recibes tan triste!,
debe ser porque miras que llego
tan solo, sin tantos que ayer te alegraban
y que se murieron,
y no vendrán nunca
a romper tu enlutado silencio,
a llenar el vacío que a entrambos
nos dejaron adentro, ahí adentro...

Abreme tus puertas,
casa mía, de tantos recuerdos,
haz crujir los goznes
para oír el chirrido del hierro
de tus puertas viejas,
que al oírlo pienso
que es tu voz que me grita gozosa,
y otras veces creo
que te quejas, y así me preguntas
por los que hace tiempo
ya no han regresado,
porque se hallan tan lejos, bien lejos!...

Abreme tus puertas, lloradoras puertas!,
ábreme, yo quiero
recordar esa vida distante,
empaparme en tu helado silencio,
esconderme en tu bruma de olvido,
calentar en el frío del lecho
que abrigó mi niñez, hoy tan muerta,
esta helada vejez que me ha vuelto
Solitario de ruinas errantes,
de quien corta el vuelo

por doquiera un vacío, una tumba,
¡tiene tantos muertos!...

Qué pena, qué amarga
tristeza que siento—
al mirar tus cuartos
mudos, fríos, negros,
que no me calientan
ni yo los alegro.
Allí están, rodeando la alcoba,
de polvo cubiertos,
ha tiempo vacíos,
sin toldo, los lechos,
cual si fueran de tantos ausentes
mudos esqueletos...

Qué horrible tristeza,
qué tenaz silencio
han venido a vivir en tu alcoba
donde hay tantos menos,
donde hay tantas huellas
que no borró el tiempo,
donde ya no rezan como en otras noches
sus antiguos dueños
que de ti, que de mí, casa mía,
se han ido distante y distante han muerto...

Allí está, más pequeño de todos,
de mi infancia el lecho:
cual caber quisiera
hoy en él de nuevo,
para ver si esa cuna tan fría
da abrigo a este muerto
que llorando con ella se abraza
mientras tiembla la cuna en silencio...

Qué nos ha pasado, dime, casa mía,
por qué nos dejaron tantos que se fueron!...

Dos huérfanos somos
que al volver a vernos,
ni tú me preguntás,
ni yo te contesto,
porque sólo al mirarnos, entrambos
bien nos entendemos
y sintiendo estamos
lo que pasa adentro... pero tan adentro!

Que hartos hemos llorado
lo estamos diciendo,
tú con esos muros por donde ha corrido
tu llanto que ha puesto
negras flocaduras,
cortinajes negros,
yo con estos mustios
ojos que se hundieron
llevando en sus cuencas
adentro, ¡ay! adentro,
porque nadie adivine que pasan
mojados, vertiendo
manantiales de agua
que no riza el viento,
manantiales de agua
que mueren adentro, pero bien adentro!

Pobre casa mía,
ya nada tenemos!,
tan solos estamos,
tan tristes, tan viejos!...
Quedaste olvidada
como un cementerio,
rajados los muros,
vacío el granero
donde ya no vienen
como ayer, inquietos
pajarillos que el grano espiaban
tras de las ventanas de insensibles hierros,

y algunos morían y muchos morían
encima tu techo, los pobres hambrientos.

Me imagino que mueres de frío,
heredad de mis buenos abuelos,
porque en torno de ti ya no tienes
el frondoso arbolado casero,
que era el tibio nidal de las aves
cuyo dulce, armonioso concierto
de cada mañana
de todos los días, llegaba a mi lecho.
Hoy día no queda
ni un solo árbol de esos:
yo no sé si el hacha,
yo no sé si el tiempo
nos quitaron, a ti sombra, abrigo,
y a mí... si supieras qué cosas con ellos!

Cuan sola has quedado!
más que el pobre más pobre, que, al menos
tiene un perro amigo;
y a ti se te ha muerto
con todos los amos,
con todos los dueños,
hasta el perro tuyo
por solo y por viejo...

Un sepulcro de dichas pasadas,
de tantas que han muerto,
eres hoy, casa mía, tan sola
y porque eres sepulcro a ti vuelvo...
Todo cuanto soñara otros días,
todo cuanto viviera otros tiempos,
lo que ansié, lo que tuve de niño,
mi niñez que me falta hoy de viejo;
todo lo más hondo, todo lo más dulce,
todo eso, todo eso
en la cruel soledad en que vives,
a tu sombra encuentro, pero ¡cómo encuentro!

Eres un sepulcro
solitario, inmenso,
por el que discurro transido de pena,
adentro tus brumas y de tu silencio,
como una funesta mariposa negra
Hena de misterio,
de un sitio para otro
con tenaz revuelo,
como aquellas que pasan sombrías
por los cementerios,
dialogando unas cosas ignotas
quizás con los muertos...

Venga ya la noche,
venga ya el silencio!,
prenderé mi lámpara
en tu cuarto negro,
quedaré contigo,
soy tu **Solitario** de nostalgias lleno,
que a gemir se viene dentro tus ruinas,
sobre tus ruinas, encima tu techo
cubierto de musgo
que se adueña de todo lo viejo...
Prenderé mi lámpara
en tu cuarto negro,
y si de los míos
a ninguno encuentro,
lanzaré a abrazarme de mi pobre cuna
como si abrazara mis helados restos,
y decirle: no sabes qué daño,
qué males me has hecho!,
por qué ayer no me helaste de frío,
por qué pequeñuelo
no dejaste que yo me muriera,
por qué no te hicieron
ataúd, mi ataúd y no cuna...

Prenderé mi lámpara en tu cuarto viejo,
cerraré las puertas

por donde no han vuelto
tantos que se han ido,
tantos que salieron;
me abrazaré a solas
con mi cuna, ¡mi pobre esqueleto!
que guardar pudiste
por tu intenso cariño a su dueño...

Y que vuelva a ser tuyo, a los años,
junto con sus restos,
el tenaz **Solitario** del canto
dolorido y trémulo;
y que deje, callando su pena,
la lira en silencio,
ya que hasta hoy hacer canto no pudo
de esa poesía que estremece el cuerpo,
de esa poesía que en los dos se muere
cada día adentro... pero bien adentro!...

MADRE TIERRA

I

Hijo de tus campiñas, llevo adentro
la savia tuya, de esa cristalina
que brota de las cumbres en el centro
y desciende hecha luz por la colina.

Me siento flor de pena en tus pajones,
endoble grama en la llanura inmensa,
y tu alma dolorida, si te pones,
llorosa, un manto de neblina densa.

Unico germen de algo que en ti ha muerto,
no quieres que en tu seno, que aun es mio,
vuelva yo a renacer, ¡qué culpa tuve!

Y esperando tu amor para mí incierto,
sin que nadie me arroje al sembradío,
hasta hoy clamando tu piedad anduve.

II

Cual tu campo me da penas extrañas,
en donde yo no soy, sin causa alguna,
cendal de plata con las telarañas
ni flor que se retrata en la laguna.

Yo regara en tus valles mi perfume,
fuera esmeralda y pompa en los collados,
y —vida a la que el frío no consume—
la flor del hielo en todos los nevados.

Tierra, llévame a ti, haz que yo deje
de andar como mendigo por tus vegas
con la tortura de tu cruel olvido;

motivo tengo a que de ti me queje
si a la vida, que injusta hasta hoy me niegas,
más derecho a la hortiga has concedido...

III

Tuyo soy más que nadie, tierra mía,
si es polvo tuyo esta mi carne enferma
de encontrarse, al venir de cada día,
como cumbre sin sol, callada y yerma.

Qué me falta, que ajeno a tu hermosura,
aún no puedo ser del campo gala:
será que somos, madre tierra dura,
o tú muy cruel, o yo simiente mala...

Hundidas mis raíces en tu seno
vivir debiera yo, si soy tu planta,
para comerte a sorbos noche y día;

y a un incurable mal, callado y bueno,
a la orilla del río que te canta,
ser en el sauce tu melancolía...

IV

Me siento hijo del campo a todas horas,
me siento cosa tuya, tierra; sabe,
tengo hasta lo agrio de las zarzamoras
y el dulzor campesino del agave.

Yo entiendo por qué gime la montaña
si le cubre la nieve con su toca,
y sé que no es el viento el que en la caña
hondos poemas de amargura toca.

Y me olvidas, oh tierra!... inentendible
es tu crueldad, cuyo rigor se aumenta
cuando la pena mía no adivina,

por qué razón mi vida es imposible,
si cada día con el sol revienta
junto a la rosa, antes que yo, la espina...

V

Yo sería en la tapia enredadera,
en la ruina el tenaz musgo de olvido,
y en el sendero, do la novia espera,
capullo, a que me arranque el prometido;

En las vendimias fruto codiciado,
ramal que cante al soplo del ventisco,
flor de esperanza en el trigal dorado,
brizna llorosa en el helado risco;...

Dulzura para el **quinde** y la colmena,
canto en la paja que a la leve brisa
es ay! eterno en soledad huraña;

flor de dicha en la humilde yerbabuena,
y entre la frialdad de la ceniza
calor de la miseria en la cabaña...

VI

Quién me robó a tu encanto, tierra buena!
a cada sol que nace o que declina,
mientras me mata una incurable pena,
se prende mi ilusión en la colina...

Si a la lluvia tu campo está velado,
por algo que no sé, tiemblo miedoso,
y lloro más que el húmedo arbolado
y mis gotas me bebo silencioso...

No me niegues más tiempo tu ternura,
madre, que el seno has escondido a mi ansia
detrás de un velo impenetrable y denso;

hazme tronco en la umbria mansa, oscura,
y verás cual te doy con mi fragancia
la lágrima mejor para el incienso...

VII

Qué sed me incita el agua bullidora
que canta al huerto, donde yo pudiera
ser arrimo de tanta trepadora
que, sin apoyo, floreció rastrera.

Quién me diera sentirme aprisionado
dentro la chala en la mazorca enhiesta,
y ser en la cosecha el esperado
oscuro grano de campestre apuesta.

Moral de toda linde, disputadas
por el gorrión y la infantil caterva,
comieran ambos de mis frutas rojas;

y para la inquietud de las amadas
fuera en el llano ¡cuan dichosa yerba!
el codiciado trébol de cuatro hojas...

VIII

Si flor no me has querido en tu verdura,
dame al menos ser agua de tu roca,
para que tenga el secadal frescura
y almibar, en los soles, toda boca.

No me diera reposo en las sequías,
y de sed ni una flor se deshojara;
de cumbre en cumbre por las crestegias
flocaduras de plata descolgara.

Te diera oro del río en las arenas,
música en el rumor tranquilo y blando
de mi correr por las oscuras frondas;

y en las noches calladas y serenas,
alma y ojos te diera, retratando
luna y estrellas en mis quietas ondas.

IX

Madre, soy mies humilde pero buena,
buena como eres tú, que igual divides
la dulzura en la flor de la verbena
y en los racimos de las áureas vides.

No quieras que persista mi tormento
de ser grano que en medio al sembradio
su cascabillo resquebraje el viento,
y el corazón —el germen— quede frío.

Retorne a ti la mies pobre y sedienta
de volver a tu vida generosa
y el ansia de gozarte se sosiegue;

a que sea esta entraña que revienta,
viva, tu **flor de sangre**, temblorosa
y muerta, el ataúd que a ti se entregue...

A LUIS TORO MORENO

Viendo su óleo de Honorato Vázquez.

Qué expresión de tristeza y mansedumbre
con que palpita el prodigioso lienzo!,
de la pupila en la llorosa lumbre
está el modelo en su dolor inmenso...

Se adivina, al mirar, la pesadumbre
con que él vivió debajo un manto denso,
que a su pena, el horror de verse cumbre,
aumentó el rictus de amargura intensa.

A ese mirar que llora a lo infinito,
a esa tortura que contiene el grito
dentro la santidad de aquella vida,

juntaste, para hacer obra completa,
la paz del hombre santo, del poeta,
y la angustia sin llanto de la herida...

ARBOL VIEJO

En medio a este paisaje, en el que el sol esplende
y le arropa en su manto de tembloroso tul,
un árbol descarnado, seco el ramal extiende,
como manos crispadas que imploran al azul.

Parece ese árbol seco, lleno de cicatrices,
humano ser que llora del frío la crueldad,
porque ya ni la tierra cobija sus raíces
que asoman erizadas, clamando al sol piedad.

No sé por qué de toda la espléndida hermosura
de este campo de vida cubierto de verdura
en el que aves y flores hicieron un vergel,

mi corazón se abraza con este árbol añoso,
que al vendaval se queda más frío y tembloroso,
sin una hoja que caiga cual lágrima por él...

DONDE ESTUVIMOS...

Sabes qué queda de los dos?... Las flores
muertas en tu jardín que ya no encanta,
y el gramal que ha tendido sus primores
sobre el hoyuelo que dejó tu planta.

El gorrión que en la tapia tejó el nido,
para cuya hambre tus migajas fueron,
enseñando a cantar, en ese olvido,
a los polluelos que ya no te vieron...

Una pena que llora todo el día
en la casa, sin nadie, que sabía
de esos idilios de una dicha trunca;

los ojos que se van a do estuviste,
y el corazón que no entra, y pasa triste,
donde los dos no volveremos nunca!...

CARPINTERO

Cuando mi ataúd labres, carpintero,
mira lo que has de hacer:
no has de pulir las tablas,
¡para qué!,
las dejarás con musgos y corteza,
para que esté conmigo la hermosura
del tronco montañés.
lleno de cicatrices y de heridas
y lágrimas también...

Escogerás un tronco que no pueda
corromperse jamás,
para que mis cenizas algún día
no puedan disipar
la ingratitud, el odio o el olvido
que vendrán
cuando ya de los míos no haya nadie
que las pueda cuidar...

No lo harás de maderas delicadas,
que son locura al fin
aquellas vanidades que no acaban
ni al morir.
Labra mi caja con la más humilde,
del árbol de los pobres, del que tiene
para todo infeliz
perfume, miel, y en la heredad resiste
heridas y desgarros, y no muere,
del pobre capuli...

Y no claves con hierros, nó, las tablas,
por favor,
porque día tras días,
venciendo la prisión,
como yema que brota de la gleba
para entreabrirse al sol,
irá saliendo con robusta vida
mi pobre corazón,
para ser flor y sangre de ese tronco
que amable le cubrió...

Verás que entre las manos no me pongan
el Crucifijo, nó!;
harás que lo recuesten en mi pecho,
muy cerca al corazón,
y que lo enlacen con mis brazos fíos
para juntar mejor
con mis heridas las heridas crueles
de mi Dios...

Y encima de la caja harás que pongan
la más sencilla cruz,
una formada de musgosos leños
que tienen nuestros montes,
los de ropaje azul,
la cruz humilde que se da a los pobres,
a los que nada tienen,
como yo, como tú!

EL PERRO

I

Qué vida tan humilde y tan preciada
la tuya, perro fiel, que para el canto
es un poema, porque está empapada
con la neblina de insistente llanto.

Cuán amarga la suerte que te cupo,
compañero del hombre, sin dobleces;
ser infaltable en el casero grupo,
incompleto, si en él tú no apareces.

Más bueno el hombre debe ser contigo,
si eres su fiel y su mejor amigo
con quien vives sumiso a sus antojos;

entonces, al cambiar tu negra suerte,
no hubiera la nostalgia que se advierte
con cruel tenacidad dentro tus ojos...

II

Tú sabes, como nadie, la honda pena
que da la ingratitud cuando a tu halago
el amo, que su enojo no refrena
contigo, un puntapié te lanza en pago.

La crueldad de los hombres tú conoces
cuando al foetazo sin piedad te hirieron
y en insistentes, repetidas veces,
ingratos, del hogar te despidieron.

Pero tú resignado a tu destino,
aunque te muestren, crueles, el camino
al rigor de constantes despedidas;

te arrinconas llorando y desagrado
en algún sitio del hogar amado
para curar lamiendo tus heridas.

III

Te conoce el machial de la ladera
donde pasa tu escuálida figura,
detrás de la manada vocinglera
que bala a la esquivéz de la verdura.

Y del pastor de poncho deshilado
no hay como tú quien su penar comprenda,
y eres con él y su rebaño hambreado
la errante poesía de la senda...

Las noches duro lazo te sujeta,
y sólo sabe la penumbra quieta
de esas horas eternas y sombrías,

la amargura, la pena, el abandono,
con que, sin que te agite negro encono,
pasas temblando en las laderas frías...

IV

Alta noche: en la paz de la natura,
cuando en el alma no sé qué solloza,
mientras cae insensible de la altura
el relente que empapa toda cosa;

Resuena el rondador en la ladera
que cortan retardados viajeros,
y al frío de la enhiesta paramera
tiemblan, fijos sobre ella los luceros.

En el letal silencio del ambiente
tan sólo tu alarido intermitente
por la extensión sin luz pasa temblando,

porque eres corazón lleno de olvido,
que en insistente y sangrador latido
hambre, abandono y frío estás llorando...

V

Guardián, tu puesto es el umbral casero:
te acurrucas allí con tu tristeza,
y al ruido más sutil y pasajero
abres los ojos sin alzar cabeza.

Si ves llegar alguna sombra incierta,
tenaz la miras pues te infunde duda;
si es extraño, tu aullido dá el alerta,
si es de casa, tu cola le saludá.

Las noches cuidas la heredad querida
restando a las fatigas de tu vida
dulces momentos de tranquilo sueño;

y a cada amanecer, bueno y sensible,
penetrando en la alcoba, incontenible,
halagas impetuoso a cada dueño...

VI

Qué alegre cuando el amo en su partida
te lleva alguna vez: lleno de gozo
corres, vuelves, traspones la subida
y tornas, boquiabierto y sudoroso.

Delantero al caballo haces piruetas,
espantas del rastrojo a la bandada,
como flecha en el llano te sopetas,
y ahuyentas, no sé a dónde, a la manada.

Anhelante, rendido y satisfecho,
alastrado te quedas en acecho
de tu patrón y con la lengua afuera;

cuando él asoma, tú le das tu asalto,
e incansable, otra vez, salto tras salto,
te lanzas impetuoso a la carrera...

VII

De paseo la turba de rapaces
sale al risueño amanecer del día,
y en ella tú, más loco, te deshaces
en cariños y brincos de alegría.

Le provocas al buey que pace ansioso,
y él te arremete a tus constantes vueltas,
y si otro can asoma temeroso
raudo en pos suya la carrera sueltas.

Atiendes obediente a la llamada
del grupo que, por verte en la ondulada
corriente, que tu audacia no refrena,

lanza al río una piedra, la persigues
y a la caterva devolver consigues
la misma piedra que tu boca llena.

VIII

Ay, pero no es constante esta ventural,
terminadas las dulces vacaciones,
la vuelta a la ciudad puso amargura
en esos infantiles corazones...

El día del viaje indeseado,
de la mañana a la indecisa lumbre,
el rumoroso enjambre ha despertado
y aturde a la casera muchedumbre.

Y tú apenado, pues comprendes todo,
a todos miras con extraño modo,
y al contento tu cola no se mueve;

y apegado al más tierno de la casa,
a quien le lames, mientras él te abraza,
le ruegas con los ojos que te lleve!...

IX

La caravana en marcha, en el camino
tiende una franja de policromía,
detrás la que, con miedo, vas mohino
porque el amor en ti raya en porfía.

Te gritan, porque vuelvas, con dureza,
te insultan y medroso te detienes,
mientras los chiquitines con tristeza
revuelven a mirar si es que tú vienes.

Cediendo a la crueldad con que te dejan,
con ojos aguanosos que se quejan,
te quedas!, ¡qué has de hacer!, en el sendero,

y apagando quejidos de tu cuita
lloras sobre el sendero que te quita
pan y cariño para un año entero...

X

Retornas al hogar desfalleciente,
de pena sin igual entumecido,
donde talvez el corazón reviente
al verse abandonado en tanto olvido...

Qué poema tan hondo y tan humano
eres dentro la casa desolada
donde para llorar tu amor lejano
hasta la puerta te encontró cerrada.

Quién pudiera entender, quién la ternura
con que al tenderte lleno de amargura,
como si te acostaras sobre el dueño,

cubre tu cuerpo la olvidada caña
que, en la infantil caballería extraña,
montó de la caterva el más pequeño...

XI

Si pudieras hablar qué no contaras,
si pudieras quejarte, cómo dieras
las quejas de tu mal, con qué clamaras
y algún humano corazón rompieras.

Ignoran lo que encierra tu mutismo,
no saben qué ternura hay en tu fondo,
raro ser, que olvidado de ti mismo,
sólo sabes querer hondo, muy hondo.

Y pasas por la vida incomprendido,
el corazón constantemente herido
que a la pena más leve se deshace;

nadie tu mal ha de curar, es cierto,
porque, ay!, el corazón ya nace muerto
desde el instante en que sensible nace...

XII

Tienes algo demás para apegarte
con más cariño al infeliz labriego,
que acaso el pan jamás contigo parte
porque en su choza rara vez hay fuego.

Con él de tus ternuras haces gala,
cuidando el pegujal mustio y sediento,
donde parece que la tierra exhala
un clamor de abandono al firmamento.

Y en medio de tu pena que aniquila,
parece que copiara tu pupila
el dolor que en el campo se contiene;

y andas así regando la amargura
de tu mal que indolente te tortura
y que por ser tu mal, ni nombre tiene...

XIII

Te ven las sendas siempre caminando
y ruta no hay donde tu sombra esquivo,
aun cuando pase con andar tan blando,
insultos y guijarros no reciba.

Tú, víctima del hombre dondequiera,
sus desdenes le pagas con cariño,
y si es tu amigo el niño, es, ¡quien creyera!,
porque aun no tiene corazón el niño...

Y cual si poco fuera tu tormento,
el lazo te da nuevo sufrimiento
que tortura tus miembros inhumano;

con él andas a saltos las veredas,
la mano aprisionada a que no puedas
comer la mies que andas cuidando en vano...

XIV

Cuando viejo y cansado de la vida
te rinde el peso de letal angustia,
eres la sombra lenta y dolorida
que recorre la casa, triste y mustia.

Entonces ya porque tu fin presienten,
bajo un velo que opaca el negro fondo,
tus ojos que no ven, pero que sienten,
lloran algo muy tuyo... algo muy hondo...

Y cuando al despuntar de una alborada,
por ti inquieta despierta la bandada
de rapaces, a verte en su cariño,

al encontrarte muerto, ¡pobre perro!,
te cercan silenciosos, y tu entierro
es el primer dolor de todo niño...

XV

Ay!, pero nunca te he querido tanto,
ni más envidia tuve de tus ojos,
que cuando he visto deshacerte en llanto
de tu amo muerto sobre los despojos...

Qué lloñar, qué infinita tu amargura
cuando en la tumba fría y desolada
eres el abandono hecho ternura
y un clamor tembloroso en la mirada...

Alli eres un poema de elegía
que arpa ninguna interpretar podría,
ni corazón alguno lo ha sentido:

alli debiera el corazón humano
verte a que sepa que ante el tuyo es vano,
nombre tan sólo su dolor fingido!...

XVI

Cuando apague su luz mi última tarde
y en mis ojos se enfríe el postrer llanto,

no haya en mi entierro mundanal alarde,
ni la sonora majestad del canto...

Présteme el cementerio el más sombrío
rincón, en donde mi sepulcro caven,
pues sólo al fondo del abismo frío
las desventuras de una vida caben...

para qué flores ni coronas... nada!,
basta la cruz que guarde en mi morada
la soledad de mi perpetuo encierro:

y que encima de todo extiendan leda
una capa de musgo, en la que pueda
tenderse por llorar mi pobre perro!...

MI CANTO

A mi madre.

Es mi canto la voz del recuerdo
que vive en el alma;
de ilusión, esperanzas y glorias
que se hicieron nada.

Son mis cantos arrullos de tórtola,
quejidos del alba,
alaridos de cábaro triste,
lamentos del aura.

Nace el canto del fondo del pecho
mojado de lágrimas;
cual paloma que lleva en sus plumas
el llanto del alba.

El no nace al calor de las dichas,
placer no hay en mi alma;
cementerio de ruinas y escombros
con luz apagada...

El no busca la cima de gloria
que hiera la planta,
el no aspira a laureles que el tiempo
con su hielo mata.

Nace al beso de llanto y de penas,
del fondo del alma;

de mi ser cuya vida alimenta
el pan de las lágrimas.

Para nadie es mi canto: él tan sólo
alivia mis llagas;
porque escucho una voz que me dice:
"¡A la lira —canta!"—

Cada instante esa voz al oído,
al canto me llama;
triste voz de nostalgia que nunca
amorosa calla.

No es de nadie esa voz; la conozco,
el dolor me habla,
él, que hospeda en el fondo del pecho,
jamás se separa.

Me confía su lira, y las cuerdas
me las da templadas,
y se viste con galas de verso
que mi pluma traza.

El se oculta en el libro que adoro,
el libro del alma;
con el velo de tinta indeleble
escribe sus páginas.

Yo no canto ni escribo mis versos,
el dolor trabaja;
no cantara cuando él no oprimiera
las fibras del alma!...

TRAS ELLA

A un amigo, en la muerte de su única hija.

Al mirar tus ojos yo bajó los míos,
ya no pude ver!,
porque tú llorabas... mis dos fuentes llenas
lloraron también.

Tú al cielo veías por si la encontrabas,
qué ver de ansiedad!,
yo abajo miraba, tengo bajo tierra
que tú mucho más...

Acercarme quise, decirte unas cosas
en tu cruel dolor:
pero me contuve, por ti ni por Ella
qué decirte yo...

No entré ni a la casa, me detuve afuera
para contener
que agua se volviera mi pena, la tuya,
por la que se fue...

Sacaron la caja mojada en tu llanto,
¡en ella ibas tú!;
cuando muere un hijo ¡ay! los mismos padres
somos ataúd!...

Hubiera querido yo abrazarla, ¡en vano!,
no abrazar se vió
un mar de aguas turbias a lo que es capullo,
luz, sueño, ilusión...

La fueron llevando donde a todos ponen
en cruel confusión,
y en todos los ojos no sé qué de adentro
temblando asomó...

Regresaron todos, ¡hasta tú volviste!,
para qué volver;
la casa vacía y el alma repleta
de sombras, de frío, de sangre, de hiel...

Capullo tan fresco, primor de capullo,
primavera en flor,
calor de las almas que mueren de frío
cual tú, como yo...

Ojos esperanza, corazón dulzura
para tanta hiel,
para esa la nuestra de los años viejos
que sabes cómo es...

Perfumes, caricias, ternuras, ensueños,
al fin fue mujer!,
todo esto esperabas con Ella en tus tardes,
todo esto... ¡ay se fue!...

Llórala, bien haces de llorar por ella,
más no queda, no,
por el primer y último capullo de tu alma,
que empapar en llanto corazón y tierra
si es que hay corazón!...

VISITA

I

No estamos solos, corazón: de nuevo
nos visita la Pena;
la amiga de otros años, que hoy retorna
a su antigua vivienda...

Conócela, es la misma,
la muda compañera
que lloró nuestro mal, compadecida,
y compartió el dolor en nuestra mesa,
cuando los dos velábamos
una esperanza muerta!...

Cuan buena es nuestra amiga,
que tan de lejos llega,
y apenas nos encuentra, en su ternura,
de lágrimas se llena,
y nos tiende los brazos
y en ellos nos estrecha...

II

Ah, seas bien venida,
amiga; a tiempo llegas,
cuando en la muda soledad del alma
buscaba un ser que fuera

de éste mi corazón, amigo, hermano
que amoroso mitigue su tristeza.
A tiempo llegas tú, la de otros años
del corazón bendita compañera,
que le diste la vida con tu vida,
y pusiste tu sangre en sus arterias...

Te lo entregó otra vez a tu cuidado;
tú lo conoces bien que cuando enferma,
al dolor más agudo llora quedo
y a veces, ni se queja...
Cuando dormido esté, no lo despiertes:
triste es estar en vela
cuando alguien que se fué retorna al alma
en brazos de la ausencia,
y es más del alma entonces
porque lo vé más cerca...

Le dejo a tu cuidado,
abnegada enfermera;
yo, solo ya, sin ese pobre niño
que enfermó al fin con mi fatal tristeza,
iré, sabiendo que tu amor lo cuida,
a descifrar mi incógnita existencia...

Y cuando en sueños con amor me llame
al sentir que se aleja
de mi ser la distancia,
estréchalo con fuerza
contra tu pecho, como yo lo hacía
pero a oscuras, a que no te vea
y me lllore de pena!...

PARA SIEMPRE

Dejé que su cadáver se llevaran
de la alcoba sombría:
dejé que de mi lado la arrancaran
como una cosa que ya no era mía...

A sus manos volvi lo que me dieron
ayer, cuando vivía su ternura,
versos y flores que de amor murieron:
restos de mi amorosa desventura...

Sobre su pecho derramé sus cartas;
deshechas en jirones;
que cayeron blanqueando, como sartas
de perlas, en los fúnebres crespones.

A sus cabellos entregué, llorando,
rizos que ella me diera
aquella noche, tan lejana, cuando
canté a sus muros la canción primera...

Todo le devolvi, y en la locura
de eterna despedida,
junté sus manos a mi boca impura,
su dulce muerte con mi amarga vida...

Y en la caja dejé que la llevaran,
¡guardarla no podía!,
y rogué que muy hondo la enterraran,
como una cosa que ya no era mía!...

HUELLAS

I

Por donde Ella se fue, nadie camina...
Y dicen los que han visto ese sendero,
que le ha cubierto una tenaz neblina
que no alcanza a vencer el viajero.

Que hay un rumor de pena en el ambiente,
que lanza el pajonal su agudo grito
como un inmenso corazón que siente
la fría soledad del infinito...

Y cuentan, que de noche, con ternura,
senda y neblina en un temblor se abrazan
y su nombre una voz triste murmura;

que el pajonal, cuando las sombras pasan,
desde que Ella se fué, frío y desierto,
amanece de lágrimas cubierto...

II

Un puñado de cartas, un ambiente
de perfume que apenas se percibe;
unos cabellos rubios de la ausente
que, cariñosa, alguna vez escribe;

Una vaga inquietud que no se calma,
y una pena al sentir que ya se agota
esa dulzura que dejara en mi alma
cuando nos vimos en la playa ignota.

No va quedando más de este alejado
cariño, cada día más soñado,
y por soñado siempre dolorido...

Para qué nos quisimos un instante,
si estuvo la ventura tan distante
que no pudimos encontrar un nido!...

PAULA

Poema campesino

¿POR QUÉ SERÁ?

Esta vez lloraron esas serranías
que se llenan de humo de tarde y mañana,
esas cresterías
donde el aguacolla se yergue lozana,
esas cumbres azules, inmensas
que mueren de frío,
las que se arrebuja
con neblinas densas,
cuyos niveos tules el cóndor sombrío
rompe con sus alas.

Yo vi la cabaña, la misera choza
de Paula, ese día
silenciosa,
sin humo, sin perro,
sin madre, vacía.
Su rebaño balaba en la cuesta
no sé qué amarguras,
no sé qué congojas;
y allá en las alturas
del pajón aterido de frío,
cual voz del vacío,
insistentes los vientos gemían

una pena extraña
que nunca tuvieron
ni los pajonales ni la azul montaña
de ese campo alegre, que hoy muerto de pena
no quiere alegrarse por nada, por nada...

No sé qué de lágrimas,
no sé qué de muerte
en sus cosas el campo tenía,
como el son doliente que da la agonía,
como un ay! intenso que diera la tierra
cual si le dolieran las hondas entrañas,
por doquiera gemía, gemía...

No sé qué tristeza,
no sé qué amargura
vertía
la espesa
neblina
en la altura:
era alguien
que andaba
llorando
y pasaba
pidiendo
clemencia,
gimiendo
quizás un olvido, talvez el eterno
dolor de la ausencia...

Qué insistente pena
de esas serranías!,
para ellas no han vuelto
la estación serena
ni los buenos días;
y toda esa gente,
doncellas y mozos,
cual si adentro una herida llevaran,

se van tristemente,
mudos, misteriosos
por esos caminos
ayer tan alegres,
hoy solos, sombríos,
tan largos, tan tristes, más fríos...

Todos sollozando
parece que fueran
una sola pena
que igual la sintieran,
de esas penas que el alma anda llena,
de esas penas que nunca se lloran
ni en llanto ni en quejas...

Por las chozas viejas,
por las espesuras,
por los altozanos, por los chaparrales,
por esas llanadas llenas de aguas puras,
hay algo no visto,
y algo no sentido
que al alma se agarra;
no sé qué congoja, algo que es gemido
que hiere, que sangra
y el pecho desgarrar
como se desgarrar llorando el olvido...

—Lástima de Paula! se oye dondequiera...
—ay! esa doncella!...
—qué chica esa chica!
—dónde otra soltera!...

Y no hay un vecino que tras su querella
no mire apenado
a la choza de ella
que se va deshaciendo a los vientos,
con el vierito que azota sin calma
esa choza sin alma, porque alma
es el humo de chozas y campos...

Quién será esa hermosa
de quien todos hablan, a quien todos nombran,
de quien todos dicen unas cosas tristes,
y en cualquiera cosa que dicen por ella
los unos se asombran
y los otros callan,
y si hay unos ojos que indecisos miran,
hay otros que en llanto torrencial estallan...

II

PAULA

Todavía están mudas las laderas
en donde ella vivió regando a mares
sobre la alegría de sus sementeras
el campesino son de sus cantares.

Todavía en las hondas soledades
de las montañas donde fue ella vida,
como ay! de las heladas oquedades,
resuena el eco de su voz perdida.

Como si la llamara el olvidado
rebaño, sus ovejas
andan llorando otro rastrojo helado
con insistentes quejas.

Paula, la hermosa Paula campesina
aún está allí, que nadie la ha olvidado:
vive con su alegría en la ruina
y con su saya rosa en el cercado.

No hubo como la suya otra hermosura
hija de la feraz, virgen montaña,
a quien la niebla envuelve en su blancura
y da canciones en la agreste caña.

Flor de los pajonales que en su frío
robustecen la vida,
era Paula el primor del caserío
que hasta hoy, porque está triste, no la olvida.

Envidia de doncellas campesinas,
cortejada de mozos y de mozas,
era un capullo en todas las colinas
y la eterna alegría de las chozas.

* * *

Por dónde no va Paula que no deja
regada la alegría en los senderos:
cuando inquietos la ven y ella se aleja,
se quedan pensativos los solteros...

Hermosura del campo, fuerte y sana,
que a todo mozo tienta y enloquece,
se alegra en sus mejillas la mañana
y en sus ojos oscuros oscurece.

Tenaz madrugadora cada día,
despertando en las almas qué de antojos,
se viene a la ciudad toda alegría,
con verduras del campo hecho manojos.

Los gañanes, constantes, tras los setos
salen para mirarla cuando pasa,
y en todas partes deja ojos inquietos,
mientras en fuego el corazón de abrasa.

Le anda a decir constante sus querer
Goyo, desde hace meses,
pero ella, como todas las mujeres
de su laya, le da con esquiveces.

Esquiveces que dan tortura al mozo
y de cuya pasión aumenta el fuego,

— 436 —

a cuyo ardor, el impetu amoroso
se hizo insistente ruego.

Mientras está con él, ella se esquivo
y no le dice nada;
cuando Goyo se va sendero arriba,
le tienta, la muy cruel, con la mirada.

Para torturar más al pobre mozo
cuando está en la labranza,
va a pasar por su lado y siente gozo
de ver que la persigue y no la alcanza.

Así esa tentación fresca y humana
va para dar locura al que le quiere
con su ofrecer: —mañana, sí, mañana,
que no amanece a Goyo aunque la espere.

* * *

Para el diario pastoreo se iba
cantando Paula una mañana al cerro,
siempre alegre y festiva,
seguida de su perro.

Goyo que iba tras ella cauteloso
alcanzóla en la paz de una hondonada,
y al anhelante respirar del mozo
ella volvió asustada.

—Espera, Paula, espera:
estoy pensando desde el otro día
que talvez mejor fuera
que nos casemos pronto, vida mía.

Yo sufro mucho, mucho,
y este cariño me va haciendo daño:

— 437 —

sí tú supieras, Paula, lo que lucho,
no me hicieras penar con tanto engaño...

Ya no es vida esta vida, Paula mía,
la soledad me mata, ya no puedo,
y hasta de que algún día
me olvides tengo miedo.

Si vieras cómo adentro
me pasa no sé qué, que yo no atino...
y al despertar cada mañana encuentro
que han llorado mis ojos sin destino...

Hace tiempo no sé qué es alegría
y paso suspirando,
y al verme triste el Señor Cura, un día
me dijo: Goyo, que te está pasando...

Mientras hablaba así, como dos fuentes
los ojos del gañán se humedecieron,
y gotas temblorosas, insistentes,
por sobre el rojo poncho descendieron...

Rendida Paula a tan extraño ruego,
dijo al novio: —no llores,
a tu cariño mí cariño entrego,
que acaben tus dolores.

Y luego, sonreída,
dijo al gañán que le estrechó la mano:
—quizás no me abandones en la vida,
ni te canses de mí tarde o temprano...

III

PROMESAS — PRESAGIOS

Prometiendo riqueza
para el año, la tierra se perdía

bajo una red espesa
de verdor, el verdor que da alegría.

La lluvia no faltaba,
y, llovidos los campos, a intervalos,
un año se esperaba
bueno, después de tantos otros malos.

Todo era una esperanza
para la pobre gente campesina
que en su vida no alcanza
otro solaz que la bondad divina.

Alegrando la vida
llena de amor de la pareja aldeana,
en promesa de hartura desmedida,
la posesión de Goyo está lozana.

* * *

Amanecer alegre: lleno el día
de frescor montañés, una mañana
los campos inundó la melodía
de concertina fúnebre y lejana.

Parecía una voz humana y llena
de todas las humanas amargas,
que difundía torturante pena
con una mezcla de sin par dulzuras.

Era Goyo viajero,
de esperanzas henchido,
que iba regando al paso del sendero
música indiana, el eco del olvido...

Con su novio iba Paula placentera,
cual nunca alborozada,

a traer su **mulafo** que pusiera
en otros pastizales a mesada.

Quería con su venta
hacer dinero para el dulce día
que en su diaria cuenta,
acabadas dos lunas brillaría.

Quién descifrar pudiera
de esa feliz pareja el sentimiento:
mientras ella sonríe placentera,
él esconde algún cruel presentimiento...

Ella le tienta con extraños ojos
y él le sonríe pero un tanto huraño,
y cuando de abrazarla tiene antojos,
Paula se escapa con desdén extraño.

Cuando él no la persigue ella se para,
y al verse en tal aprieto,
juntándose con Goyo cara a cara,
le dice, coquetona, —quieto, quieto...

Otras veces se atrasa y piedrecillas
arroja al novio que sin verle vuelve,
no la encuentra, que, oculta y en cuclillas
está en el chaparral en que se envuelve.

Dando saltos de gozo,
va delantero a la pareja amiga
Centinela, su perro cariñoso
que sube y baja raudo y sin fatiga.

Así va por la cuesta esa dichosa
pareja, en un idilio más que humano;
sencilla, libre en la natura hermosa
de corazón sin hiel y cuerpo sano.

Beben los dos de la misma agua pura
que recorta el pajón hecha jirones;
y en su cenda! la niebla de la altura
junta más ese par de corazones.

Cuando toca la quena dolorido
el mozo, como a impulsos de un despecho,
parece que, sonido tras sonido,
se vaciara de lágrimas su pecho...

Y aunque mira a la novia con ternura,
o a doquier sin fijeza,
hay algo en sus pupilas de amargura,
no sé qué de tristeza...

Y al perderse los dos tras la colina
do la niebla cerraba el horizonte,
cual nunca hubo una pena campesina
en la choza, en el llano y en el monte...

IV

EL MULATO

Suelto en la libertad que no tuviera
quién sabe cuantos años, el Mulato
en goce de perpetua primavera
y ha tiempo lejos del humano trato;

Orgullosa, altanero en su gordura,
se hizo señor de la cerril manada,
y a su bufar de furia o de ventura
retemblaban el monte y la llanada.

Vuelto a la ansiada libertad bravo
habíase tornado,
y dueño de no visto poderío,
nadie en el pajonal le vió domado.

Fue así que del vaquero a la presencia
plantóse altivamente,
y salvaje y feroz, con insolencia
le desafió valiente.

Eran dos rayos sus miradas, era
su actitud de combate y de osadía;
mientras raspando el suelo aquella fiera
en cendales de polvo se envolvía.

Audaz como él el viejo ganadero,
avanzaba a la bestia embravecida,
el de brazo de acero
que en esta lid amaestró la vida.

Ya los dos frente a frente,
en guardia entrambos, la partida empieza:
el rugir del Mulato es imponente,
como es del ganadero la fiereza.

Se oye el chasquear del lazo desenvuelto
en el aire, el furioso resoplido
de la bestia feroz, a quien, resuelto,
el valiente vaquero ha acometido.

Hay de una y otra parte valentía!,
hombre y bestia son grandes
encima de esa inmensidad sombría
de los desiertos Andes.

Impávido el Mulato en su terreno,
sin miedo el indio al enemigo avanza
y mientras sin cesar gana terreno,
al toro le detiene la venganza.

Un paso, y otro paso, y adelante!,
resuelto el indio, el ademán resuelto,
inalterable el montañés semblante,
va al contendor, el lazo desenvuelto.

Feroz acometida
prepara el toro con furor plantado,
mas, pronto, hacia las asias dirigida
la beta, deja al monstruo aprisionado.

Forcejea el Mulato en su coraje,
cobrando el lazo, el indio avanza al toro,
y en esa escena de actitud salvaje
el sol de ocaso pone un fondo de oro.

Se encabrita la bestia y forcejea,
y al contendor se lanza amenazante,
pero éste, que en la lucha se recrea,
sabe diestro burlarlo a cada instante.

Rueda en tierra el gigante indomitable,
nubes de polvo a su caer levanta;
pero se alza rugiente, formidable,
y de nuevo la lid, la lid que espanta...

Los ojos, como fragua, encarnizados
clávanse en el vaquero,
los miembros de furor convulsionados,
todavía no siente el altanero.

Y persiste la lucha!,
nuevos saltos, caídas y rugidos;
mientras de lejos la manada escucha
de indio y bestia los fuertes resoplidos.

No hay que dar tregua a la fatiga: empieza
a rendirse el Mulato sudoroso;
y redobla el vaquero su destreza
al ver que pronto rendirá al coloso.

Sangrante a los foetazos estridentes
con que el indio le acosa,
golpeado a las frecuentes
caídas en la lucha pavorosa;

Principia a decaer la bestia brava,
y al fin de furia y de cansancio henchida,
a la insistente lucha que no acaba,
la fiera cae en esta vez vencida.

Y hacia el toro se lanza el aguerrido
lacerero, cuya planta tosca y dura
asienta en la cabeza del vencido
sobre la inmensa altura.

Mientras tiembla agitado
el toro sudoroso y anhelante,
Paula y Goyo que lejos han mirado
la escena, van al indio triunfante.

Así caído todavía intenta
levantarse el Mulato enfurecido,
pero otro fuerte lazo le atormenta
de las astas prendido.

De pronto, nuevo esfuerzo soberano
de la víctima inmensa
que se yergue, y dispersa sobre el llano
de polvo nube densa.

Y Paula, entre los lazos enredada,
al levantarse el monstruo, cae a tierra:
y entonces la tragedia que anonada,
la escena cruel que ensangrentó la tierra!...

Raudo como una flecha, hacia la hermosa
Paula, se arroja el toro enfurecido:
de una embestida el vientre le destroza,
mientras dá la infeliz un alarido...

Cornada tras cornada
le asesta el toro en su fervor salvaje;
y la honda soledad horripilada
lanza como una queja en el paisaje...

El cuerpo, en el que una asta se ha prendido,
como trofeo lo levanta en alto,
y al lanzarlo con recia sacudida,
da sobre el pastizal salto tras salto.

Y en el silencio de la tarde fría,
sobre ese fondo de celaje de oro,
bufando en la extensión muda y sombría
la silueta dibújase del toro!...

V

TRISTE REALIDAD!

Quien hoy día pasara
por esos campos, donde Paula fuera
la alegría sin par, sólo encontrara
insistente nostalgia dondequiera.

Tras la siega que todo lo entristece,
quitada de las mieses la áurea alfombra,
la tierra en plena desnudez parece
que algún dolor le hubiera envuelto en sombra.

Más que el invierno cruel que todo mata,
en esa choza que iba a ser un nido,
la tormenta cayó que desbarata,
la del eterno olvido...

Nadie por esas tierras asomaba:
cual pegujal maldito y despreciado,
en su campo esta vez no germinaba
sino el cardo, señor de lo olvidado.

Ni rebaño, ni lumbre
en la choza de Paula, desquiciada,
cual si fuera cabeza de la cumbre
al peso de amarguras agobiada.

Ya ni Goyo va allá: triste y rendido,
desde la altura que domina el valle,
las tardes llega a contemplar el nido
y en llanto deja que su mal estalle...

Tras de llorar, la quena
lleva a los labios, ay!, y a su lamento
no hay quien no llore en indecible pena
por él, por ella ese fatal momento.

Sus pupilas se prenden en la choza
porque alguien anda allí... y en su tristeza
cuando en un mar de lágrimas rebosa,
se pierde, cabizbajo, en la maleza...

Sólo el ser que más siente y nunca olvida,
el perro... Centinela, atormentado,
va al mudo pegujal, sombra perdida
en el cruel abandono en que ha quedado...

Recorre el campo husmeando dolorido
y luego, lentamente,
sube a la choza, donde da un aullido,
al que todos se acuerdan de la ausente.

Y al fin, en el rigor de la amargura,
mientras el sol como a llorar se esconde,
llevando la más honda desventura,
se va, suelta la cola, no sé a dónde...

Unico ser que mudo y dolorido,
mientras todos al muerto olvidan presto,
queda sobre la huesa y el olvido,
el perro fiel, nuestro latiente resto...

CONSUELO

Volver por los caminos de otros días,
por esos que anduvimos en la infancia,
es encontrar para las tardes frías
un perfume perdido en la distancia.

Perfume que entristece la existencia
que por las nuevas sendas va dejando
no como ayer, sonrisas de inocencia,
sino dolor, porque se va llorando...

Y es tan dulce tornar a lo olvidado
en la negra distancia del pasado
por ver que en cuanto la mirada abraza,

incontenible el corazón se tiende,
como una ave cansada que comprinde
que hasta el espino en que nació le abra

DESPEDIDA

Nos sobra aún crepúsculo,
alma mía, gocemos
de la luz que parece que llorara
sobre el cadáver de este día muerto.

Mira cual nos convida
el fulgor triste que derrama el cielo,
a envolver en su manto tembloroso
este llorado ensueño
que se abraza a los dos, con la amargura
del mudo adiós postrero!...

Que esa lumbre amortaje
nuestra esperanza que se va tan lejos!...;
de aquí, desde esta cumbre
que domina los campos, contemplemos
la última llamarada de la tarde
y el triste adiós de nuestro pobre ensueño!..

Y cuando se hayan ido,
a mi alcoba desierta volveremos,
a abrazarnos los dos, como se abrazan
los que vuelven llorosos de un entierro,
y quedan pensativos
junto a un vacío y enlutado puesto!...

NI ALLI...

Aún resuena en la heredad desierta
el suave arpegio que su voz hacía,
y el crujido lloroso de la puerta
del cuarto aquel, que nuestro amor sabía.

Ensueño de otros años!, por doquiera
que me encamino, de su pena huyendo,
la hallan mis ojos, para quienes fuera
luz, que hoy no tienen y se van muriendo.

Aún por nuestra mesa de lectura
—despojos de veladas infantiles!—
como restos vivientes de hermosura,
andan sus rizos rubios y sutiles.

Y del río, a su ausencia temblorosos,
con honda pena que mi pena humilla,
me preguntan por ella, cariñosos,
los sauces que nos vieron en la orilla.

Al ver que toda cosa, como mi alma,
a donde voy, por Ella me pregunta,
torno al hogar, ansioso de hallar calma
para esta vida de su amor difunta.

Ni allí!... que al encerrarme con su olvido
en la vivienda que dejó desierta,
me vuelve a preguntar en su gemido
el crujir tembloroso de la puerta...

CREPUSCULAR

Silencio, es la hora de sentir la vida,
de empaparse en dos nieblas:
en la que baja del opaco monte
hacia la muda tierra,
y en la que se alza de la entraña fría,
¡las esperanzas muertas!...

Silencio, es la hora de las vidas tristes,
la hora en que la pena
al corazón se prende y dulcemente
con el vacío corazón se estrecha...

Silencio, la hora del dolor es santa:
que sólo se estremezcan
las fibras doloridas
del corazón que en estas horas tiembla
porque siente más fría su esperanza
y más lejana de un amor su pena!...

.....

Todo canta de tarde
su oración de tristeza:
la onda del agua que al correr se abraza
a la musgosa piedra,
el árbol macilento
de ramaje otoñal que el viento hiela,
y la lluvia que arranca
dulces arpegios de las hojas viejas...

.....

Naturaleza madre
de tanta vida, de tu entraña inmensa
quién no sorprende cada tarde el eco
de ensangrentada queja,
por algo que se arranca de tu vida
y va camino de las cosas muertas...
Déjame que yo escuche tus latidos,
corazón de la tierra,
corazón de la tierra, que en las tardes
haces vibrar tus cuerdas,
y esparces en el campo el dolorido
canto en memoria de las cosas muertas;
yo alternaré mi canto con el tuyo
y con la tuya juntaré mi pena,
en este instante de los seres idos
cuando la pena nos los vuelve en niebla...

Corazón de la tierra, cual yo triste,
que a muerte lloras en las hojas viejas,
y la luz que se va todas las tardes,
algo de ti todas las tardes lleva;
juntemos nuestra muda
oración de tristeza
por tanto que enterramos cada día
en la fosa llamada la existencia!...